

PINCELADAS DE BASCONIA



La salida de la luna desde Ayako-Arri

Grandes son, sublimes las concepciones á que el hombre puede alcanzar: la poesía con su lira pulsada por inspiraciones que hacen transportar al alma hacia las regiones más hermosas.

La pintura, colocando en lienzos semi divinos, cuadros con resplandores que maravillan y arroban; la música, con sus proporciones; la oratoria, la arquitectura, la estatuaria, en fin, todas aquellas manifestaciones de nuestra vida, en la que la mano del hombre, palpa, modela, presenta, dirige, siente, pone en relieve, se enseñoorea, se dilata, se cree en una esfera increada, y coloca en todos los ámbitos de la tierra, lo más hermoso, lo más grande y bello, el bello ideal.

Pero encima de la mano del hombre, sobre sus grandiosas obras y trabajos, está la naturaleza plena y extendida por todos los horizontes; la naturaleza, creación infinita é inimitable; la naturaleza, soplo del Creador; la naturaleza, fruto de los cielos, belleza que el hombre no puede crear, obra incomparable, majestuosa, eden de la humanidad, silencioso y elocuentísimo lenguaje de la existencia de algo más sublime todavía: Dios.

Dios, que coloca en el firmamento ese sol, esa luna, esas estrellas; Dios, á quien adoran todas las creaciones; Dios, Señor de esas fuentes que cantan y esas aguas que brillan, y esos bosques que sombrean y esas sombras que hablan; Dios, en quien todo se humilla y todo se afana, todo se espera y todo se busca; todo se pide y todo se ruega; Dios, dueño de esas inmarcesibles coronas que adornan las sienas del cielo; el sol y la luna.

La luna dulce, casta, tímida, va apareciéndose, no en medio de resplandores que acompañan á la fastuosidad y exuberancia á manera del sol que impera y reina en todos los festines y da esplendor á todos los espacios; la luna surge en medio de la soledad, cuando ya el alma del obrero busca su deseado reposo; cuando ya el niño comienza á balbucir una plegaria al mecer de su cuna; cuando al preludio de una noche serena el hogar se convierte en místico santuario; cuando cesa el martilleo de talleres y fábricas, y ahógase el humo de todas sus chimeneas; cuando nadie transita sin que su mirada le subyugue; sin que su aspecto le sonría; sin que su inmensa claridad le arrebate; cuando en grave silencio apenas se oye más que el rugir de las ondas en sus rompientes contra las playas.

La luna es como faro luminoso en la inmensidad y silencio de un cementerio; como guardian inseparable del mundo laborioso que duerme en las tinieblas; como mirada cariñosa de un alma fiel, desinteresada é inalterable, como guía de la noche tenebrosa: ella es la compañera del mundo adormecido; la que presencia nuestro sueño y coloca en las frentes sus blancos rayos; la amiga que jamás nos abandona; la belleza que nos alucina en todos los períodos de su pausada vida; el rocío que refresca la tierra; el céfiro que alimenta y entretiene las flores; el aura tranquila del campo, y el mágico resplandor del espacio celeste.

Cuando la luna dirige su mirada ¿no recordáis la mirada suave, tierna, amorosa que vuestra madre os dirigía al eco de un himno de insuperable amor? ¿no pasan por vuestra mente aquellos reposados momentos en que sus manos acariciaban nuestra cabellera y sus labios despedían sobre nuestras frentes el beso más inefable de pureza y amor de toda la vida? ¿no sentís repercutir en vuestros oídos aquel *lo-lo* pronunciado en el habla más puro y cuyas últimas estrofas las escuchábamos entre el cerrar de los párpados y la última caricia del dichoso día? ¿no veis aquellas lagrimitas de vuestra niñez, cómo eran enjugadas en el regazo del ser que os dió la vida, y cómo vuestro llanto era el llanto de la madre, y vuestra risa era su risa, y vuestra alegría su alegría, vuestros cantos sus cantos y vuestra dicha su dicha?

Cuando la luna baña con su claridad absoluta distintas regiones, el Occidente y Oriente, el Septentrión y Mediodía, ¿olvidáis por ventura aquel pasaje de vuestra vida en que amargada la existencia por alguna enfermedad, aquella madre querida, bañada en lágrimas de dolor, fecundaba al lado de vuestro lecho el amor incomprensible de

madre á hijo; el amor que seguía paso á paso la enfermedad; el amor que contaba minuto á minuto nuestra existencia; el amor que *elevaba* sus preces en el corazón de Cristo para que á sus toques fuera atendida la vida que era amenazada por otro nuevo destino? Al contemplar la luna rodeada de sinnúmero de estrellas en medio de un cielo inmenso é incalculable, acordaos de esa madre que guía los indecisos pasos de un hijo en medio de las convulsivas agitaciones del mundo; acordaos que es el único amor que en su inextinguible fuego graba en el corazón del ser de sus entrañas máximas consoladoras, cuya práctica compone el precioso libro del porvenir de su vida.

Todas estas meditaciones me sugirió en aquella noche pacífica en que alzando los ojos al cielo presencié la salida de la luna de las montañas de Ayako-Arri. ¡Qué inmensidad tan bella! ¡Qué cielo tan admirable y qué horas tan tranquilas pude pasar aquella magnífica noche en que Dios y la naturaleza aparecían tan grandes, tan llenos de una elocuencia muda aunque enérgica, tan imposibles de narrar ni describir para la lengua ni la pluma de un mortal..!

¡Qué luna! ¡Qué estrellas! ¡Qué cielo! ¡Qué inmensidad!!

Todos los montes de Guipúzcoa aparecían fantásticamente iluminados; el astro solitario comenzaba su pausada marcha como si una locomotora inundada de luz y engrandecida por todos los espacios rompiera su atrevida carrera por horizontes desconocidos; sola, majestuosa, limpia sin mácula alguna, con su aspecto de ídolo, va como pasando por entre hileras de estrellas que la rinden vasallaje y la atavían á manera de ondeantes gallardetes.

A medida que la celeste comitiva con su marcha triunfal va cantando amenísimamente las grandezas de Dios, su estela fosforescente dibuja en el Cantábrico filigranas de un tono misterioso; en la transparencia de sus aguas brillan seres violáceos como los fuegos fatuos de un cementerio; el aire puro envuelve todos los montes desde Larún, Urdaburu y Landarbaso hasta límites imperceptibles á la vista del hombre; los murmullos de todos los bosques, los espejos de todas las aguas, la precipitada marcha de todas las corrientes, ese mar, esos mundos, esos seres incalculables, esa hermosura real digna de las miradas universales, ese éter de los espacios; todos, todos á unisono graban en la mente de un pensador recuerdos indelebles y eternas figuras.

El cuadro más interesante es, sin disputa alguna, el momento en

que la luna colocada en brillantado sitial preside las montañas de Nabarra, teniendo por cetro todo Guipúzcoa, por corona sus rosadas cúspides y por alfombra todo el Cantabria. El río Urumea es una faja de azulado esmalte semejando á la faja de la Vía-láctea celeste, en cuyo espejo se reflejan todos los edificios, se confunden todos los colores extendiendo su diáfana crestería esa luna que, con su poderío sin límites, deja convertidos el río y los mares en una maravillosa é incomprensible decoración. ¡Ah! pero es necesario sentir, poseer una imaginación fecunda, un amor de fuego para comprender, para darse cuenta de aquella hermosura y belleza sin igual. Mirad cómo las aguas tranquilas contemplan á la luna llena; parece que el abrazo va á verificarse, el verde de las aguas con el azul del cielo; el brillo de oro de las arenas, con el brillo magnético de las estrellas; las exhalaciones salinas del mar, con los aromas embriagadores de los aires; la blanca espuma de las olas, con la blanca nube del firmamento; las sombras de los flujos y reflujos de las corrientes, con el acelerado movimiento de los astros; parece que va á ser el abrazo de un amor á otro amor; de un ser á otro ser querido, de una madre á su hijo, de un esposo á su esposa, de un amigo á otro fiel amigo; parece que la oración de la tierra vuela en nubes de oloroso incienso hacia los espíritus celestiales; las armonías de todos los cantos y gorjeos terrenales hacia las orquestas infinitas de todos los ángeles; lo finito para confundirse con lo infinito; la nada con lo imperecedero; el polvo con la inmensidad de la montaña; lo comprensible, con lo que en vida es un arcano; lo natural y caduco, con lo sublime, sobrenatural é inacabable.

Mirad, contemplad una noche serena ese cielo hermoso refulgente y descansad en uno de los murallones de nuestra Zurriola viendo la citada salida de la luna; refrescad si os place vuestra memoria con este desaliñado escrito y después de una corta meditación, un sencillo recogimiento sobre el cuadro que acabais de contemplar, dirigid la vista hacia los hermosos paseos de San Sebastián, hacia sus empedradas y esbeltas calles, hacia sus construcciones y monumentos, recordad á Italia con su Roma, Florencia, Liorna, Pisa, Bolonia, Milán y Venecia; imaginaos á París con sus monumentos, sus centros científicos, sus museos, sus modernos adelantos; recorred en espíritu Inglaterra y Alemania, Europa entera, Américas, en fin, todo el mundo, y confesadme si hay algo más grande, más maravilloso, más elocuente que la obra de la naturaleza; confesadme si después de haber presenciado ese

cielo, porvenir de todo cristiano, en una pacífica y agradable noche de Mayo, no gritais con el mayor de los entusiasmos y con la más viva fe; ¡sí!, ante la mano de Dios, ante sus obras, infinitas obras, todo lo de abajo es nada...! Todo lo nuestro es un mito!

Por sigamos contemplando á la luna que juntamente con las estrellas despide alucinador centelleo. Su matiz blanquecino hace ver á lo lejos espumas argentinas que recibiendo nubes de aroma que exhalaban los árboles y flores, los jardines y plantas, el laurel y el romero, arrastran hacia nuestras desordenadas montañas que en aquellos instantes adquieren toques metálicos todos los espíritus pensadores; cautivado el Cantábrico al reflejo de su luz, no solo se ve la pincelada de todos los montes y el retrato de sus caseríos, quintas y palacios, sino que en el peregrino jugueteo de sus ondas, esculpen las estribaciones que presentan el color de lapiz-lázuli, la sonrisa de los horizontes, la oscura cristalización de sus riscos y las más armónicas ondulaciones.

Toda la costa desde el monte Igueldo hasta las alturas del Machichaco está consertida en embalsamado Anfiteatro, que hace recordar, en medio de aquel recatado apartamiento, la vida austera é independiente que el basco ha pasado á través de sinnúmero de revoluciones y tiempos; las veces que ha visto estrellarse á sus plantas á invasores que pretendían manchar el escudo de su libertad; su milenaria lengua con cuyo carácter ha conservado y guardado por tantas generaciones aquellas leyes y costumbres patriarcales que yacen sepultadas bajo el sueño de horrible pesadilla.

Sigue la luna iluminando las playas de toda la costa; las crestas, pirámides, cordilleras y hermosísimas colinas, cuyas laderas blancas como palomas parecen estar coronadas de nieve inmaculada. Se divisan con sus pintorescas quintas las montañas que conducen á Zarauz, el alto castillo de Guetaria é inmensa gradería inundada de luces casi indescriptibles en todas las continuadas cordilleras.

Aquella luz inmensa, poderosísima que apareció en las montañas de Ayako-Arri con toda su aterciopelada magnificencia va perdiéndose de vista y destacándose entre el severo cortinaje de las nubes, como intenso foco de una luz de magnesio. Se la ve desde las inmediaciones de nuestro Castillo de la Mota como si se imaginara el eco sonoro de una fluida música lejana, como si un canto helénico fuera ejecutado á

media voz por un coro de angelicales voces, como si un cuadro de Velázquez quisiera verse al auxilio de una lente de disminución.

La luna desapareció confundiéndose en el mutuo beso con el cielo y las montañas; precédela la estrella de la mañana, con la cual me retiré después de haber presenciado el lienzo mas ideal que mis ojos han visto.

ADRIÁN DE LOYARTE.

SECCIÓN AMENA



¡A zer bi!

Dinbilin ta danbalan
 zijoazela bi,
 moškor moškorturikan
 ziran ia erori.
 Bat ezin egon zutik,
 bestia ere larri,
 eta biak orrela
 zioten elkarri:
 —Upel baten antzian
 beteakgaudela
 esaten ditek oiek,
 lotsik ez dutela.
 —¿Ta zer zekitek oiek
 ez zer dan upela
 ta ez zer dan egotea
 gu gauden bezela?

† M. SOROA.

